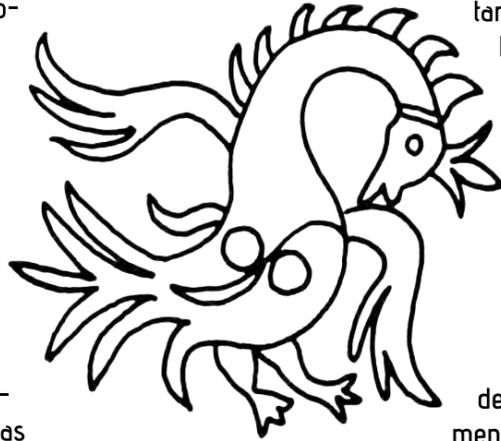


Creerás en ti

Durante el siglo XVII la peste recorría el norte de Italia y llegaba a la localidad toscana de Monte Lupo. Las disputas sobre cómo combatir los efectos de la enfermedad no se hicieron esperar. Del lado de la Iglesia, se promovieron muestras de piedad en forma de procesiones que aumentaron el riesgo de contagio. Del lado del Gran Ducado, se recomendaron medidas profilácticas que la población recibió con escepticismo. Este ejemplo es paradigmático de la vida moderna. La historia de la modernidad es la historia de la oposición entre las recomendaciones basadas en la fe y los argumentos apoyados en la evidencia científica. A principios del siglo XX, el sociólogo alemán Max Weber pronosticó que la balanza caería del lado de la racionalidad y lo tradujo con el término desencantamiento del mundo.

Ese paulatino desencantamiento llevaría a que, cualquier experiencia o acontecimiento de nuestra vida, se rigiese por una aproximación intelectual, empírica y racional. No obstante, día a día confirmamos que nuestros conocimientos sobre el mundo y el universo son limitados y que siguen existiendo márgenes para lo inexplicable. También constatamos que los credos religiosos y las supersticiones han sobrevivido y se han adaptado con éxito a las nuevas tecnologías y a una sociedad permanentemente conectada a la red en la que sus miembros, con un solo clic, pueden acceder a contrastar múltiples fuentes de información. Los filósofos ilustrados probablemente sobrestimaron el poder de la razón y subestimaron la capacidad del ser humano para conservar creencias, buscar consuelo espiritual o acep-

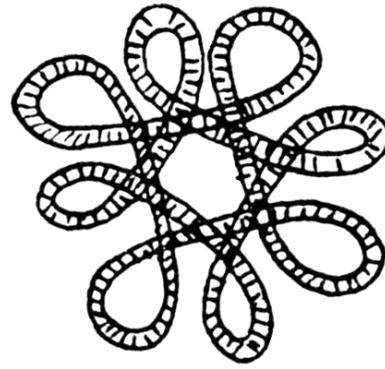


tar cualquier bulo que refuerce sus prejuicios. Por mucho que Lou Marinoff recomiende a la ciudadanía más Platón y menos Prozac, parece ser que el remedio preferido está más cerca del eslogan deportivo *impossible is nothing*. Y ya se sabe que, cuando nada es imposible, las fronteras están en la imaginación y no donde la experiencia y la razón aconsejan. Las creencias populares tradicionales han ido enriqueciendo el folklore y el acervo cultural de las comunidades, mientras que, paralelamente, se ha ido asentando una nueva creencia posmoderna recogida en los manuales de autoayuda:

la creencia en las potencialidades del individuo para refundarse a sí mismo. En una sociedad globalizada marcada por la imprevisibilidad económica, la precariedad del mercado laboral, el riesgo ecológico y el debilitamiento de los lazos colectivos, replegarse en uno mismo resulta muy tentador. Entre todas las creencias que impregnan nuestro día a día, el imperativo cultural que sostiene nuestra sociedad de consumo, fue resumido por Guy Bajoit con el apelativo de Gran Individuo: un sujeto siempre ocupado, que tiene la obligación de autorrealizarse, de estar en constante crecimiento personal, de cultivarse y renovarse indefinidamente. Cuida tu imagen, sé empático y asertivo, confía en ti, proyecta frescura, sé lo que quieres ser, motivate con los obstáculos que encuentres en tu camino y transforma los fracasos en oportunidades de reinventarte.

Actitud, dinamismo y flexibilidad son las nuevas virtudes teologales. Si el director de cine Krzysztof Kieslowski hubiera vivido en Silicon Valley en vez de en la Varsovia comunista de los años 80, es posible que su Decálogo hubiera necesitado un mandamiento más: Creerás en ti. Como Ícaro, volarás lo suficientemente alto para que las olas no salpiquen tus alas y lo suficientemente bajo para que la cera que mantiene unido el plumaje no se derrita y te precipites desde las alturas. Pero allá arriba estarás igual de solo y vulnerable que él. La creencia en uno mismo es la creencia central de nuestro tiempo.

Alejados cada vez más los unos de los otros, los problemas que enfrentamos como sociedad son más difíciles de afrontar. Desde esta posición es complicado abordar las nuevas oleadas de fundamentalismo religioso y xenofobia nacionalista que veíamos periclitarse. Edward A. Tyriakan y su teoría de los ciclos de reencantamiento nos ayudan a explicar cómo procesos sociales de desarraigo y crisis de sentido llevan a que ciertas creencias pervivan, se transformen y se renueven con el paso del tiempo. Al igual que con la urbanización industrial en el siglo XIX, Émile Durkheim detectó que el debilitamiento del tejido comunitario generaba individuos anómicos, desorientados y permeables a nuevas ideologías redentoras, a día de hoy, los desplazamientos forzados y la aceleración de los flujos



migratorios han puesto de manifiesto discursos de odio y de rechazo que permanecían latentes. En la actualidad, el debate público tiene motivos para prestar atención al mundo de las creencias, pues de ello va a depender que los esfuerzos para garantizar la cohesión social y la convivencia pacífica sean exitosos. El camino no está en una cruzada jacobina contra todo tipo de creencia sino en entender cómo éstas se producen y evitar sus consecuencias más nefastas. El mundo no fue desencantado por la razón y el siglo XX nos demostró cómo las ideologías políticas se vistieron de creencias irracionales y mesiánicas. De la misma manera, la sociedad de consumo capitalista, esa sociedad opulenta a la que aludía Kenneth Galbraith, nos ha convertido en el destino final de nuestras creencias, en un falso ídolo que nos mantiene ensimismados, insatisfechos y dispuestos a seguir atados al ciclo de producción y consumo.

Sería muy interesante explorar qué tipo de creencias nos permiten superar el dogmatismo de ciertos discursos y el individualismo que engendra aislamiento e indiferencia. Sin ese cuestionamiento, será complicado proyectarnos como sociedades más inclusivas, respetuosas con la diferencia y solidarias con los más desfavorecidos. No es una propuesta tan descabellada pero parece que estamos lejos de creernos capaces de acometerla.



Cascabullo

1/2019



Cruz de las Ericas. Villamor de Cadozos (Zamora).

El lenguaje de las piedras

Los paisajes tradicionales se despliegan ante nosotros como una amalgama de elementos que permanentemente nos hablan, aunque nosotros no los escuchemos; son huellas de viejos quehaceres, de antiguas creencias que nos remiten a un pasado legendario donde las montañas, los caminos o las piedras tenían una vida casi humana. Tal es así que algunas piedras tienen nombre; nombre del lugar donde se levantan, nombre de un ser legendario, nombre de una mora, nombre de un tesoro, nombre de un milagro. El hombre tradicional ha valorado mucho las piedras, no solo como material de construcción sino también como figura individualizada del paisaje, a la que rezar o a la que otorgar poderes mágicos. En ocasiones, la modela para crear cruceros donde su presencia en el campo puede servir para bendecir los campos, para conjurar tormentas o como hitos que nos marcan la dirección del camino a seguir. A veces, las piedras se asocian con la Virgen o con el demonio y otras veces vienen desde el cielo en forma de hachas que los pastores guardaban, con celo, en sus morrales como amuletos contra las tormentas. Además de ser efectivos detentes contra el mal, las había que embarazaban, otras que quitaban los dolores o piedras que curaban al ganado. A ver quién se cree eso de que “menos da una piedra”.

Pedro Javier Cruz Sánchez

Duérmete, niño angelito

Dolores Fernández Geijo

Val de San Lorenzo
(León)



Tristes son los ojos

Tristes son aquellos ojos que miraron por primera vez esta fotografía. Tristes aquellos que la miran hoy en día. Tristes al observar el significado de la vida. Recién nacidos, estos dos niños, gemelos, separados prematuramente por el azar de una muerte (quizás) anunciada.

¡Caprichos de la Naturaleza!

Allí donde uno mira a la cámara, el otro reposa en paz. No sabemos si están sujetos por una madre invisible que los sostiene, por una madre oculta y herida; ya no es madre de dos, sino tan solo de uno. La rigidez de ese acto de extirpación en el que la naturaleza ha decidido por ella, en su nombre, rompe así con la unión intrínseca de estos tres soplos de vida. Ella, transformada en Naturaleza, cubierta por ese estampado vegetal que los envuelve suavemente entre sus hilos. Ella, con su medio cuerpo paralizado, los muestra como fruto de su vientre.

¡Caprichos de la Naturaleza!

La vida florece, el color aparece y, pese a todo, ambos permanecen. Y en esta selección natural, incomprensible, terrorífica, el ángel vivo se preguntará un día ¿por qué él y no yo?

Virginia de la Cruz Lichet.

Imagen: A. Rhodes. [Retrato de gemelos. Uno de ellos difunto].

Tarjeta de Visia iluminada. s.f. Americana.

Colección Virginia de la Cruz Lichet.



Tres margaritas visitaron la sala n.º 5, en una cesta llevaban los regalos.

—Soldadito, te voy a condecorar con un escapulario del Sagrado Corazón para que te preserve de todo mal, mira lo que dice: «Deténte, bala, el Corazón de Jesús está conmigo»—.

El artillero Camilo se puso pálido, se le escapó todo el color de la cara.

—«No, no, muchas gracias, condecóre usted a otro, se lo ruego, se lo pido por favor, llevaba uno prendido con un imperdible en la y o guerrera y aún no hace un mes me lo sacaron por la espalda, se lo digo con todo respeto, señorita, pero para mí que el Sagrado Corazón es gafe»—.

Camilo José Cela. *Mazurca para dos muertos*. 1983
Amuleto (Detente) Siglo XX. Colección MECyL



Editorial

Igual que el cascabullo sujeta la bellota a la encina, el Grupo de Amigos del Museo Etnográfico trenza esta amarra entre el espacio y su público, sus gentes, sus vecinos, su medio y su fin.

Soplo fresco en una publicación que cambia de traje pero no de espíritu. Y lo hace en el trimestre mágico que da la espalda a la noche invernal en pos de los primeros rayos de primavera. Época de despertar, de renovación y nacimiento, febrero de Creencias Mágicas Populares que reúnen fascinación, tradición, rigor y estudio. Creencias que van de las canciones de cuna a la tumba; de los caminos y paisajes al fuego del hogar; del inicio de los tiempos a este siglo XXI.

Unidos por tales augures, esperamos haberos hecho disfrutar con nuestro primer paso en esta andadura. ¡Hasta pronto amigos!

Nuestro agradecimiento a todas las firmas que nos acompañan, muy especialmente a Virginia de la Cruz Lichet y Tomás Hijo. Un lujo poder contar con vuestra ayuda. Ilustración de cubierta: Tomás Hijo (Del libro *El mundo encantado de Castilla y León*)

Duérmete, niño angelito
antes que venga la mora
porque anda de casa en casa
por saber que niño llora,
oo,oo,oo, ...

Duérmete, niño angelito
si quieres adormecer
que los ángeles del cielo
todos te bajan a ver.

Transcripción de Julia Andrés Oliveira
Si quieres escuchar esta nana
en la voz de Dolores Fernández
puedes consultar el archivo
online de Alan Lomax en
www.culturalequity.org

Grupo
Amigos
Museo
Etnográfico

Encuétranos en Facebook
@grupoamigos.mecyl
o en
www.museo-etnografico.com/game